

mismo tiempo á su sucesor el cuidado de destruir la agregacion protestante. El emperador Nicolás se mostró fiel observador de la última política de Alejandro, por lo que sufrieron las Sociedades hí-

se ha hecho tan célebre en Europa. En sus *Lichtblicken und ergebnissen*, refiere el mismo Principe de este modo aquella entrevista:

«S. M. el emperador Alejandro vino á Viena en el mes de setiembre de 1822: este Monarca, que habia profesado siempre una amistad sincera á la familia real de Schwarzenberg, manifestó al príncipe José de esta ilustre casa el deseo de conocerme.

«La audiencia que me señaló S. M. fue para el 21 de setiembre á las siete y media de la tarde, dia que será para siempre considerado por mí como uno de los mas notables de mi vida.

«Señor, le dije; la divina Providencia ha colocado á V. M. en uno de los puestos mas encumbrados de la grandeza humana; hé aquí por qué el Señor exigirá mucho de V. M.: la responsabilidad de los reyes es grande delante de Dios. Ha elegido á V. M. como instrumento por medio del cual queria restituir la paz á las naciones europeas; y por vuestra parte, Señor, habeis correspondido á las miras de la Providencia, exaltando la bendicion de la cruz y levantando con vuestra voluntad potente á la Religion del abatimiento en que se hallaba. Considero el dia de hoy como el mas feliz de mi vida, por tener la dicha de manifestar á V. M. el profundo respeto de que por vos, Señor, estoy penetrado. ¡Que el Señor os tenga en su gracia y os proteja por medio de sus santos Ángeles! Tal será el humilde voto que desde ahora dirigirá al cielo por Vuestra Majestad.»

«Fueron estas palabras seguidas de una páusa durante la cual no cesó el Emperador de mirarme; luego se arrodilló pidiéndome la bendicion sacerdotal. Imposible me seria demostrar por medio de palabras la emocion que sentí en aquel momento solemne: hé aquí lo único que pude decirle en el desbordamiento de mi corazon:

«Solo puedo permitir que un tan gran monarca se incline de este modo delante de mí, porque el respeto que V. M. me demuestra no es á mí á quien va dirigido, sino á aquel á quien sirvo, que así á vos, ó gran Principe, como á todos nos redimió con su sangre preciosa. ¡Que el Dios trino y uno derrame, pues, sobre V. M. el rocío de su celeste gracia! ¡Que os sirva de escudo contra todos vuestros enemigos, que sea vuestra ayuda en todos los combates! Que llene su amor vuestra alma, y que la paz de Nuestro Señor Jesucristo esté siempre en vos.»

«No pude continuar por no permitírmelo las abundantes lágrimas que saltaban de mis ojos. Estrechóme S. M. contra su corazon; y luego conmovido yo mismo de un modo inexplicable le apreté á mi vez contra mi seno palpitante.

«Rodó luego nuestra conversacion sobre diversos acontecimientos que no me es permitido revelar por haberme impuesto sobre ellos silencio el Emperador al confiármelos. Permanecí con S. M. hasta las once menos cuarto. ¡Cuán terrible fue el dolor de mi corazon, cuando supe su muerte dos años despues! No se pasa ni un solo dia que no le tenga presente en mis oraciones al Todopoderoso.»

blicas la misma suerte ó destino que ellas prepararan al Instituto de Loyola.

Mientras que servian los Jesuitas de blanco á los herejes que se esforzaban por destruir la fe, entregábase en Roma el Instituto de Loyola, restablecido ya por el soberano pontifice Pio VII, á una grande obra interior¹, despues de haber vuelto á tomar posesion de su convento del Gesu y de su noviciado de San Andrés, en los que volvieron á entrar con el corazon lleno de gozo y de esperanza. Habian querido los Papas conservar aquella su casa primitiva en el mismo estado en que se hallaba el dia que fue arrestado el P. Ricci. Faltaba únicamente la biblioteca, que habia sido vendida en pública almoneda por orden de los comisarios de Clemente XIV: faltaba

¹ El cardenal Pacca, amigo y consejero del papa Pio VII, fue, segun se dice, uno de los príncipes del Sacro Colegio que mas influyó cerca del Pontifice para determinarle á reponer la Sociedad de Jesús, á cuya reposicion ó restitution se oponia el cardenal Consalvi por motivos puramente políticos. En el manuscrito inédito en que refiere Pacca los acontecimientos de su último ministerio, encontramos un párrafo en el que deja toda la gloria de la iniciativa al inmortal Pio VII. Hé aquí lo que Pacca dice en él:

«Una de las primeras operaciones que deseaba hacer Pio VII, era la tan gloriosa para él, el restablecimiento de la Compañía de Jesús. En todas las conversaciones que tenia cada dia con él durante nuestro destierro á Fontainebleau, hablábamos casi siempre de los graves perjuicios causados á la Iglesia y á la sociedad civil con la supresion de esta Orden, tan justamente célebre, así en la instruccion de la juventud como en las misiones apostólicas. No podia por lo tanto dudar de que estaba próximo el dia en que serian los Jesuitas repuestos por el Papa en Roma, así como en todos los demás países, que, al ejemplo del emperador Pablo de Rusia y de Fernando IV de Nápoles, les reclamaran para sus pueblos. Llegado á Roma el 24 de mayo de 1814, agolpáronse de repente en mi imaginacion aquellas dulces conversaciones de Fontainebleau; pero insiguiendo las miras de la política humana, consideraba prematura la reposicion de los Jesuitas, y hasta imprudente y difícil en aquellas circunstancias. Como por milagro acabábamos de escapar á la tempestad formada por la secta filosófica, que rugia al solo nombre de jesuita, é ignorábamos por otra parte si las cortes extranjeras tomarian á mal el llamamiento de un Instituto que pocos años antes habia sido suprimido por todos los monarcas católicos.

«A pesar de todos estos motivos, me determiné á últimos de junio, ó sea un mes despues de nuestro regreso á Roma, á tentar nuevamente el ánimo del Papa, á cuyo fin le dije un dia en audiencia: «Santísimo Padre, deberíamos proseguir algun dia nuestras interrumpidas conversaciones sobre la Compañía de Jesús,» y sin que añadiera yo otra cosa, el Papa contestó: «Podrémos restablecer la Compañía de Jesús en la próxima fiesta de san Ignacio.» Esta contestacion tan espontánea como inesperada de Pio VII me sorprendió en extremo llenándome de gozo y de consuelo.»

asimismo en la iglesia una estatua de plata de san Ignacio, y algunos otros objetos preciosos que adornaban el templo¹; excepto este tributo pagado á la revolucion francesa, puede decirse que no sufrió la casa ningun cambio. Convertida en comunidad de sacerdotes, de la cual era director el sábio Marchetti, fue casi enteramente habitada por antiguos jesuitas, que vivian, morian y eran sepultados en ella. Hubo entre aquellos respetables ancianos los PP. Alberghini, Hervas, bibliotecario del Papa, Francisco de Silva, Lascaris, Jimenez y Velasco, que terminaron en ella su carrera mucho mas illustre todavía por sus virtudes sacerdotales que por sus imponderables trabajos científicos. Todo habia sido conservado por ellos en la misma regularidad; no habian interrumpido ni una ceremonia ni una instruccion de las que antes se hicieran en la iglesia. Muzarelli fundó en ella el ejercicio ó fiesta del Mes de María, que fue mas tarde adoptada por todas la diócesis de la cristiandad.

En su tierna solicitud para el cumplimiento de sus deseos, no se ocultó á Pio VII que la ausencia del General debia ocasionar retardos inevitables, y que su permanencia en Rusia haria nacer dificultades para la ejecucion de la bula de restablecimiento. En el momento mismo en que se publicó esta bula, que fue en 27 de agosto de 1814, designó el Pontífice al P. Luis Panizzoni para reemplazar á Bzozowski en los Estados pontificios, hasta que el General hubiese tomado otras medidas. En 21 de diciembre fue nombrado Juan Perelli provincial de Roma y vicario general. Desterrados los Jesuitas á todos los puntos del globo, habian ido refugiándose al rededor de la cátedra de san Pedro, único asilo á la sazón abierto á su infortunio. No hubo poblacion ni aldea en Romanía que no recibiese en su seno á algun Padre español, portugués ó napolitano: pronto los misioneros del Paraguay, Chile, Perú y el Brasil aumentaron considerablemente el número de aquellos desterrados. En medio de los arduos trabajos que se imponian por la salvacion de las almas ó la gloria literaria de su patria, nunca pudo borrarse en ellos el recuerdo de su antigua Compañía, de ese Belisario colectivo de la Iglesia que despues de haber salvado la cristiandad del furor del

¹ Tal fue el tratado de Tolentino, que obligó á Pio VI á aquellos despojos, por hacerle pagar Bonaparte veinte y cinco millones. Estaba Roma tan atrasada, que en lugar de hacer gravar el Papa sobre el pueblo aquel impuesto de una injusta conquista, juzgó mas prudente privar á las iglesias de sus riquezas artísticas.



Protestantismo, fue condenado por un Papa á la inaccion y á la muerte. Al saber que iba su Sociedad á ser reconstituida, solícitos los Jesuitas acudieron de todas partes á Roma: la libertad de que hasta entonces gozaran solo sirvió para hacerles apreciar mas la dicha de la obediencia.

Pocos meses habian transcurrido desde el 7 de agosto de 1814, y ya los Jesuitas ocupaban los colegios de Terni, Ferrara, Orvieto, Viterbo, Galloro, Tivoli, Urbino, Fano y Ferentino. Por un decreto de fecha 16 de octubre de 1815 les abrió Fernando III, duque de Módena, las puertas de sus Estados. La Italia, cuyas guerras de la Revolucion y del Imperio habian trastornado sus antiguas leyes y variado las costumbres, se habia conservado siempre católica á pesar de los cambios que experimentó y de los diferentes poderes que la sojuzgaron. Por esto deseó despues consagrar el principio que la ocupacion enemiga no pudo vencer en ella, por esto pidió nuevamente á los Jesuitas. Á fin de corresponder á aquella unanimidad de sentimientos, muchos jóvenes de las mas ilustres familias, á quienes sonreía un rico porvenir de esperanzas, se apresuraron á entrar en el noviciado de San Andrés, cuya casa espaciosa no pudo en breve contener á los numerosos postulantes, siendo necesario fundar en 1816 un segundo noviciado en Reggio de Módena, y otro tercer noviciado el año siguiente en Génova. Era tal la afluencia de jóvenes que se presentaban á las nuevas casas de la Compañía para ser admitidos en el número de sus profesos, que aquel celo excesivo que no pudo regularizarse en los primeros años produjo mas tarde ciertos abusos que fue preciso remediar prontamente: la confusion habia sucedido al orden. Se hacia el bien exteriormente, pero quedaba el mal oculto en el interior, por lo que nunca hubiera podido el Instituto sentarse en sus antiguas bases ni recobrar su primitiva disciplina. En una palabra, amenazábale otra vez la disolucion en el momento mismo en que acababa de verse restituído á la existencia.

Aseguraban los noviciados el porvenir, pero no satisfacian ninguna de las necesidades del presente. Era necesario terminaran los postulantes en ellos sus estudios y el tiempo de prueba, á fin de poder despues discernir en ellos la verdadera vocacion de un juvenil entusiasmo, y purificar los sentimientos que podian haberlos hecho nacer. Los ancianos, en su inesperado gozo, parecian remozar como el águila; pero pronto sucumbieron á las fatigas, que nunca puede sobrellevar por mucho tiempo el valor, si son superiores á sus fuer-

zas. Cerca cincuenta de esos venerables ancianos murieron en menos de cuatro años, legando á sus sucesores, como tradicion de familia, las antiguas costumbres y el espíritu del Instituto. Algunos de ellos, tales como Andrés, Iturriaga y Doria, dejaban un justo renombre de sábios que debia sobrevivirles, así como dejaba el Padre Luis Felici el de sus virtudes que conserva Roma con respeto. Era la virtud de Felici generalmente conocida, por haber estado siempre en contacto con el pueblo á causa de las asociaciones piadosas que habia hallado medio de fundar y sostener. En 1819 perdió la Órden de Jesús á uno de sus miembros que habia sido soberano, y que lleva en la historia el nombre de Cárlos Manuel IV, rey de Cerdeña y del Piamonte.

En medio de las crueles pruebas que el último período del siglo XVIII acumulaba sobre la cabeza de los Monarcas, estaban reservadas al jóven Cárlos Manuel, nacido en 1751, dos felicidades muy raras por cierto en la vida de un príncipe. Su educacion fue confiada al cardenal Gerdil, y tuvo por esposa á Clotilde de Francia. Habian llegado á su colmo las calamidades de Italia, cuando en 1796 subió al trono Cárlos Manuel: toda resistencia era ya absolutamente imposible; vióse obligado el nuevo Rey á partir para el destierro cási en el momento mismo de su coronacion, yendo á saludar á su paso por la Cartuja de Florencia al anciano pontífice Pio VI, que tambien como él gemia en el cautiverio. El 7 de marzo de 1802 perdió á su Clotilde amada, cuya santidad era uno de los mas hermosos florones de las coronas de Francia y Cerdeña: en 4 de junio de aquel mismo año abdicó Cárlos en favor de su hermano Víctor Manuel una diadema que solo habia ceñido para hacer mas patente el luto de su monarquía, y se retiró á Roma, donde no quiso oír hablar mas que de las cosas del cielo. El P. Pignatelli y los religiosos mas ilustres de los diferentes Institutos fueron sus únicos amigos y consejeros: cuando la Compañía de Jesús fue nuevamente constituida, demostró Cárlos Manuel el deseo de consagrarla sus últimos dias; sus votos fueron atendidos, entrando el 11 de enero de 1813 en el noviciado de San Andrés en el Quirinal, donde vistió el hábito de la Sociedad. Mientras lo permitió su salud siguió puntualmente la regla; oraba y meditaba mientras que los demás monarcas acudian al Congreso en busca de sus reinos divididos por la espada de la Revolucion. Tranquilo y feliz en su celda, veia deslizar apacibles sus últimos dias en medio de los novicios á quienes

amaba como un padre, y en cuyo porvenir se interesaba con el desvelo de un corazon de anciano que ha oído tronar sobre su cabeza todas las tempestades. No podia ser duradera una existencia tan dulce y sosegada; así es que solo vivió cuatro años el nuevo Jesuita en medio de los hermanos que eligiera. Entregó el alma al Criador en 7 de octubre de 1819, y, como lo habia prevenido, se le enterró con el hábito de la Compañía¹.

El 6 de diciembre de 1818 sucedió Luis Fortis al P. Perelli en su cargo de vicario general, por hallarse este debilitado por los años, y deberse en aquellas circunstancias, mas que en otra ocasion alguna, conservar el rigor de la disciplina y la unidad de gobierno. El P. Sineo fue elegido provincial, hasta que en 5 de febrero de 1820 vino la muerte de Tadeo Bzrozowski á poner término al estado excepcional en que se hallaba la Sociedad de Jesús. Designó Bzrozowski por vicario general al P. Mariano Petrucci, el cual acudió inmediatamente á Roma, nombró cuatro consultores para suplir la ausencia de los asistentes, y fijó la Congregacion general para el 4 de noviembre. Muchas eran las dificultades que se oponian á la aplicacion de las reglas que debian observarse en la eleccion de un nuevo jefe; pero el pontífice Pio VII consintió el 2 de junio en validar por la plenitud de su poder las formalidades que no permitian las circunstancias llenar, por lo que quedaron orilladas todas las dificultades. Nombraron todas las provincias los diputados que debian representarlas en la Congregacion; mientras que unos atravesaban los Alpes y otros llegaban ó habian llegado ya á la ciudad pontificia para celebrar la Congregacion, surgió un nuevo obstáculo que la aplazó por algun tiempo. Todo estaba dispuesto para la apertura de la Asamblea, cuando en 1.º de agosto el cardenal Aníbal della Genga, vicario del Papa, escribió en nombre de Pio VII, que en razon de formar los jesuitas polacos una parte muy notable de la Sociedad, no debia celebrarse sin su asistencia la Congregacion general.

No se ocultó á la penetracion de los Padres que aquella nota del cardenal della Genga debia contener un nuevo lazo. Mariano Petruc-

¹ Los ministros de Víctor Manuel, dominados por las *lucres* del siglo, no se atrevieron á apreciar debidamente esta gloria de la humildad cristiana y á reconocer al jesuita en el rey Cárlos Manuel. En el mausoleo que hicieron levantar á la memoria de este Príncipe inscribieron todos sus títulos soberanos, olvidando de intento el que le fue mas caro, el de jesuita, pues que bajó voluntariamente del trono para morir con el hábito de la Compañía de Jesús.

ci, sin consultar antes á los provinciales y electores, mandó á los profesos que estaban ya en camino que suspendieran su viaje; esta conducta acabó de admirar á los Jesuitas y de afirmarles mas en sus recelos, sobre todo cuando suplicaron al Vicario general que sondeara las intenciones del Papa, y se negó este á acceder á sus deseos. Decidióse entonces Rozaven á hacer adelantar en lo posible á los profesos su marcha interrumpida por la carta de Petrucci, previniéndoles que no atendiesen en lo mas mínimo las órdenes que en contrario pudiesen recibir. Luego, acompañado de los PP. Sineo y Monzon, se presentó al cardenal della Genga, el cual le dió la seguridad de que se abriría la Congregacion á la llegada de los polacos.

Llegaron á Roma estos Padres á principios de setiembre, sin que nada pudiese ya entonces, al parecer, retardar la apertura de la Asamblea; pero el dia 6 mandó el cardenal della Genga que era necesario añadir nuevos asistentes á los que se hallaban en ejercicio, y que para orillar las dificultades que podrian nacer de la Congregacion, se nombrarian algunos comisarios; por consiguiente los cardenales della Genga y Galeffi fueron puestos á la cabeza de ellos. Tres nuevas disposiciones de della Genga del 14 del propio mes daban cada una de ellas un golpe de muerte á la Asamblea: en la primera conferia al vicario general todas las prerogativas de jefe de la Orden, y segun sus deseos, le nombraba nuevos asistentes; en la segunda declaraba que para zanjar todas las nulidades é irregularidades, deseaba el Santo Padre que della Genga y Galeffi presidieran la eleccion; la tercera de aquellas disposiciones dejó de publicarse.

Como conocian los Jesuitas el afecto que profesaba el Papa á la Sociedad, y que por lo mismo querria conservar intactas sus Constituciones, no concibieron ni la menor idea de que pudiese Su Santidad serles contrario; pero, no obstante, conocian muy bien que iban á ser víctimas de una intriga. Lo que acababa de confirmarles mas en esta opinion, era el modo de obrar de Petrucci, y las relaciones que este conservaba con los que mas contrarios se habian mostrado á la apertura de la Congregacion. Solo una medida extrema podia salvar en su concepto á la Compañía de un peligro que era tanto mayor quanto mas desconocidas eran las causas que lo originaban; y esta medida fue adoptada. Los asistentes, los provinciales y los diputados ó comisarios en número de diez y nueve, dirigieron una peticion á Pio VII, por conducto del cardenal Consalvi, secretario de Estado, el cual era mas bien un gran diplomático, un hom-

bre de mundo, que un eclesiástico. No era partidario de los Jesuitas, á quienes consideraba como un obstáculo político en medio de las complicaciones de Europa; pero con todo supo ser justo, y negarse á secundar con su poderosa autoridad un complot que habria recaido sobre la tiara con todo el peso de una oscura trama. Aseguró á los Padres que apoyaria su súplica, y que podian desde aquel momento considerar como vencida la intriga que tanto temian.

Esta intriga, cuyo principal agente era el Vicario general, sin considerar todo el peso de su gravedad, tenia por objeto modificar las Constituciones en muchos de sus puntos mas esenciales, é inducir al Soberano Pontífice, ya fuese por descaecimiento ó disgusto, á dejar hundir el monumento que su potente diestra acababa de reedificar. La discordia que iba á estallar en el seno de la Compañía, en el momento mismo en que se trataba de la eleccion de general, debía hacer arrepentir á Pio VII de haberla protegido, ó cuando menos decidirle á no continuar dispensando su proteccion á una Orden que no sabia permanecer unida. Como era el plan tan bien combinado, no dudaban sus autores de que todo iba á salirles segun sus ambiciosas miras. Además tenian de su parte á della Genga, cuya religiosidad habian logrado sorprender, y aunque no pudiesen contar con el apoyo de Consalvi, pensaban que abortó en los cuidados del gobierno exterior, no tomaria por mucho tiempo la defensa de la Compañía de Jesús, y que los cardenales Mattei, Pacca y Galeffi tampoco podrian hacer prevalecer su amistad en pro del Instituto contra un plan tan hábilmente trazado. Solo faltaba impedir se verificara la eleccion de general, á fin de que la Santa Sede se decidiese á abandonar su obra; y á la realizacion de este proyecto se dirigieron todos los esfuerzos de los enemigos de la Compañía.

Consalvi habia prometido que la Congregacion se reuniria inmediatamente, y en efecto se dirigió el 3 de octubre á la Sociedad un rescripto pontificio en este sentido. Procura el Vicario general suspender la apertura creyéndose apoyado por el cardenal della Genga, vivamente excitado por los conspiradores que la Compañía alimenta en su seno, los cuales pretenden anonadarla ó apoderarse de ella á toda costa. Consalvi, que ya desde luego penetró su intencion, decidió á Pio VII á que mandara que fuese prefijado el dia de la apertura de la Asamblea por medio de eleccion. Como lo previera Consalvi, la mayoría decidió que debía abrirse la Congregacion el dia siguiente. Fue esta presidida por Petrucci, el cual apenas abrió la

sesion declaró, á fin de librarse de un elector tan perspicaz como Rozaven, que los diputados por Francia, Inglaterra é Italia no estaban investidos de poderes regulares, y que les invitaba por lo mismo á salir de la sala; cuya orden cumplieron inmediatamente los profesos. Las dificultades creadas por el Vicario fueron examinadas por los demás y resueltas á pluralidad de votos. Entraron los comisarios expulsados para ejercer su derecho, declarándose la Congregacion por unanimidad de sufragios, excepto el de Petrucci, legítimamente convocada y reunida.

Desconcertó esta firmeza todos los planes hostiles; el P. Pietroboni, que era uno de los principales fautores del complot, se niega á intervenir en la eleccion, y arranca á Petrucci una protesta contra la legitimidad de la Asamblea, obligándole asimismo á indicar que acudirá á un tribunal exterior. Era el peligro inminente; destituye la Congregacion por medio de un decreto solemne al Vicario general, y se excluye al dia siguiente, ó sea el 11 de octubre, á Pietroboni de la Asamblea. Protégele el cardenal della Genga, el cual no solo abraza abiertamente su causa, sino que pretende además decidir al Pontífice contra los Jesuitas; Pio VII se niega á asociar la Santa Sede á las intrigas que le ha descubierto Consalvi; continúa en el ínterin la Congregacion sus trabajos, habiendo ya celebrado el 18 de octubre, á pesar de todos los obstáculos, su vigésima asamblea. Nótase entre los Padres que la componen á Fortis, Rozaven, Billy, Carlos Plowden, Andrés Galan, Sineo, Swietockowski, Montessisto, Vulliet, Delfa, Ramon Bzrozowski, Korsak, Landès, Monzon, Grivel, Grassi y Ganuza. Vióse nombrado aquel mismo dia Luis Fortis general de la Sociedad en el segundo escrutinio.

El P. Vicente Zauli, teólogo de la sagrada Penitenciaría, y Rozaven, Monzon y Bzrozowski fueron elegidos asistentes, José Koriski amonestador del nuevo General, y Monzon secretario de la Compañía.

Cuando se vió el poder regularmente establecido, se constituyó un tribunal para juzgar á los profesos que hubiesen ambicionado ese mismo poder ó procurado llevar el desorden en el seno del Instituto; cuyo tribunal condenó en 27 de octubre á Petrucci y Pietroboni. Sometiéronse estos á la sentencia impuesta, reconocieron su falta, contentándose los Jesuitas con su tardío arrepentimiento. No eran, sin embargo, los dos jefes aparentes del complot todavía los mas culpables: habia en el seno de la Compañía algunos jóvenes en quie-

nes no habia podido moderar la experiencia su fogosidad de carácter, espíritus turbulentos que aspiraban á reformarlo todo, y que entrados recientemente en el Instituto, pretendian trastornar las leyes establecidas en pro de sus ambiciosas miras. La Congregacion, que en vista de su culpable conducta no podia menos de juzgarlos peligrosos, ya como reformadores sin inteligencia, ya como religiosos, decidió expulsarlos.

Necesarias eran estas medidas para asegurar el reposo de la Orden de Jesús: luego de haberlas tomado se ocupó la Congregacion en dar los decretos que reclamaban mas urgencia. Por el sexto de aquellos decretos confirmó, mientras necesario fuese, las antiguas Constituciones, reglas y fórmulas del Instituto; en virtud de otro decreto repuso en toda su fuerza y vigor y explicó de nuevo el voto de pobreza, á fin de evitar los abusos que podia ocasionar la reunion de tantos Padres que por tanto tiempo habian gozado de libertad y podido disponer de su fortuna. Las ideas sobre la educacion habian experimentado en el mundo cambios tan notables, que fue necesario adoptar el *Ratio studiorum*, atendidas las necesidades y aspiraciones de la sociedad moderna. San Ignacio previó ya en su tiempo estas necesidades; por esto dejó á sus discípulos la facultad de atender á ellas. Nombróse una comision compuesta de los jesuitas mas versados en la enseñanza, siendo el resultado de sus investigaciones y profundo exámen sometido al General, el cual con la cooperacion de sus asistentes fue encargado de coordinar las mejoras propuestas.

Era de todo punto indispensable establecer con premura cierta uniformidad, á lo menos en cada provincia, á fin de evitar las tristes consecuencias que se podian seguir de la instruccion confiada hasta entonces á innovadores de arriesgadas, cuando no perversas, doctrinas. No se ocultaba á los Jesuitas que aun entre ellos habria sus diferencias y combates interiores sobre este punto fundamental. Decidióse por ultimo que se someterian á la aprobacion del General las reglas provisionales que se juzgara prudente adoptar, las cuales debian ser obligatorias á todos los maestros. Así terminó la primera Congregacion del renaciente Instituto.